DEJEMOS QUE ELLOS LIDEREN

Elise Wood

La próxima generación está lista para liderar, así que capacitémosla para que lo haga. Muchos de nosotros, en el ministerio, no siempre miramos hacia el futuro para ver quién tomará el relevo cuando llegue el momento. En cambio, nuestra atención está en el presente y no reconocemos los dones y el llamado de los adultos jóvenes a quienes guiamos. El verdadero ministerio con corazón de pastor es aquel centrado en las personas —aquellas a quienes estamos llamados a cuidar—, no simplemente en los ministerios que dirigimos. Es fácil enfocarse en el *ahora*, no en el *futuro*.

Los adultos jóvenes en quienes invertimos tienen un llamado, algunos incluso al ministerio vocacional. Cada adulto joven a quien ministramos representa la vida de muchas otras personas en la que no tendremos un impacto directo. Hay un *efecto dominó* en cada llamado. Un *sí* a Jesús representa muchas vidas transformadas para Su reino, porque un solo llamado alcanzará a muchos.

¿Y si tan solo un adulto joven de tu ministerio estuviera llamado al ministerio vocacional? ¿Puedes verlo? ¿Has reafirmado ese llamado? ¿Le has dado la oportunidad de liderar?

Un *sí* de parte de un líder ministerial que reconoce, afirma y fortalece el llamado en los adultos jóvenes representa una multitud de vidas transformadas. Así es como cumplimos la Gran Comisión de Jesucristo cuando dijo: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones» (Mateo 28:19, NVI). Esto sucede cuando estamos dispuesto a caminar en la plenitud del llamado de Dios, especialmente aquellos de nosotros que guiamos a la próxima generación. No solo decimos «sí» al llamado de Dios para nosotros; decimos «sí» a aquellos a quienes se nos ha confiado guiar.

Sabemos que el servicio ministerial en el reino de Dios a menudo implica una obediencia que no siempre es atractiva. Irónicamente, la cultura actual está inundada por la necesidad de reconocimiento, títulos, seguidores, «me gusta» y elogios. Pero, tanto tú como yo, sabemos que ser llamados por Dios al ministerio a menudo significa el mayor sacrificio de vida que jamás podamos enfrentar. Es contrario a lo que dicta la cultura.

Nosotros queremos reconocimiento; Dios quiere obediencia.

Queremos que otros nos noten; Dios quiere nuestro corazón.

Queremos la oportunidad de ser alguien; Dios ya lo es todo.

Reconocemos que el llamado de Dios no es para ocupar cargos, sino seguirlo a Él. Dios no nos llama a *hacer* algo grandioso, sino a *ser* cada día más como Él. Debemos reconocer que, cuanto más nos parezcamos a Él, tanto más eficaces seremos en lo que llamamos ministerio. Nuestro corazón debe arder por la misión de Jesús, y cada uno de nosotros tiene un papel que cumplir, incluyendo la responsabilidad del llamado de Dios de aquellos a quienes guiamos.

Como pastores y líderes de adultos jóvenes, no nos dedicamos a formar líderes que se creen con derechos a ocupar cargos. Esto ayuda a protegerlos de la tentación de pensar que, una vez que alcanzan un cargo, ya han logrado todo. Más bien, los cargos y las oportunidades deben ser administrados con responsabilidad. Andar en la plenitud del llamado de Dios significa que lo seguimos fielmente cada día.

¿Puedo sugerir que aquello (y aquellos) que se te ha confiado es más grande de lo que tal vez puedes notar? Imagina el ministerio que se hace realidad gracias a tu obediencia al cuidar bien de aquellos que se te han confiado. Imagina las vidas que son transformadas gracias a quienes están dispuestos a decir «sí» al llamado de Dios. ¿Los guiarás hacia su «sí»? Así como la mayoría de nosotros hemos tenido líderes que nos llamaron a liderar, ahora es nuestro turno hacerlo.

¿Qué sucederá en la próxima década de la Iglesia? Muchas estadísticas actuales nos indican que contamos con menos líderes jóvenes que se preparan para responder al llamado al ministerio vocacional en comparación con hace apenas unas décadas. ¡Es hora de un cambio! Debemos actuar con determinación. Tenemos que ser realistas respecto a hacia dónde nos dirigimos, y no solo enfocarnos en dónde estamos ahora.

¿Has pensado en cómo podrían ser los próximos diez años en la Iglesia? ¿Quién en tu círculo tiene un potencial para el reino mayor de lo que pueden ellos mismos ver? ¿Cómo puedes llamarlos a la plenitud de ese llamado? No subestimes tu influencia en la vida de estas personas. Es hora de administrar el llamado de Dios sobre la próxima generación.

Todo esto es parte de una conversación más amplia sobre lo que significa multiplicar la influencia. Imagina interactuar de manera intencional con aquellos a quienes lideras y que tienen un llamado al ministerio. Abre tus ojos a su potencial. Míralos a la luz del destino que Dios les ha dado.

Para afirmarlos, expresa en voz alta lo que ves. Anímalos abiertamente y hazlo de manera habitual: «Te veo. Sé que puedes hacerlo. Veo en ti más de lo que tal vez tú mismo ves. Dios tiene un plan para tu vida, y yo estoy contigo. Vamos a ayudarte a llegar ahí».

Capacitarlos significa darles la oportunidad de dar un paso al frente y liderar. Aquí es donde las cosas se vuelven prácticas. A menudo, las personas están dispuestas a servir, pero quieren que se les pida. No debemos acaparar el ministerio; debemos multiplicarlo. Multiplica tu influencia, multiplica tu impacto. Llévalos contigo. Ponte al nivel de quienes

Dios te ha encomendado. Muéstrales el camino. Habla palabras de vida respecto a su futuro y su llamado. Luego, capacítalos para que lideren.

Como líder a quien se le ha confiado la responsabilidad de cuidar esas vidas, tu intención de ver, afirmar y empoderar puede marcar la diferencia entre ministerios que aún están por construirse y ministerios que nunca existirían. Esta diferencia podría hacer que las personas escuchen el nombre de Jesús y lo que Él ofrece más pronto que tarde. Podría ser la diferencia que mueva a un adulto joven a dar un paso hacia el sueño que Dios le ha dado en lugar de abandonarlo por completo. Podría ser la diferencia que motive a un adulto joven a aceptar la unción que ves en su vida, en lugar de dejar que la duda lo mueva a otro rumbo en la vida.

Tus palabras significan más de lo que te imaginas. Cuando se trata del destino que tienen ante sí, es hora de dejar que ellos lideren. Ellos cambiarán el mundo. Procuremos que esto comience con nuestro «sí»: *Sí, multiplicaré la influencia. Sí, les daré oportunidad. Sí, quiero ver cómo desarrollan su potencial. Sí, los apoyaré en su llamado dado por Dios. Sí, los empoderaré para que lideren.*

Así como alguna vez alguien nos vio y nos dio una oportunidad, ahora es nuestro turno. Es hora de pasar el testigo del llamado de Dios a quienes están listos para liderar. Quizás ellos aún no lo tengan todo claro, pero Dios sí. Con todo lo que hemos aprendido hasta ahora en el ministerio, es hora de multiplicar nuestra influencia al compartirla. Nuestro «sí» representa su destino dado por Dios, y su destino dado por Dios representa la eternidad. Después de todo, Jesús les enseñó a sus *discípulos* que ellos también estaban llamados a ir y hacer *discípulos*. Uno reproduce lo que es. Los discípulos hacen discípulos. Es hora de reproducir no solo lo que haces, sino quién eres. Deja que ellos lideren.